

La Reforma y Nosotros

Por LUIS CHAVEZ OROZCO

"En Puebla todos los ciudadanos han saludado la resurrección de nuestra patria". — Francisco Zarco.

DON Daniel Cosío Villegas, en reciente artículo —Rabasa entre dos Constituciones—, aparecido, por no sé qué circunstancias, en una revista literaria, tanto más extrañas cuanto que el autor participa en la dirección de una revista histórica; don Daniel, repito, dice que el centenario de la Reforma nos sorprende "viendo de libros y estudios viejos, particularmente de *La Constitución y la Dictadura de Emilio Rabasa*", pues, "por desgracia, nuestros historiadores se han desinteresado hace tiempo del tema de la Reforma".

Explica Cosío Villegas este desvío de los historiadores por los ascos y temores que les provoca el tema. Unos se abstienen de estudiar la Reforma "por el temor de que renazcan viejas polémicas y de que se les dé un sentido de actualidad"; otros porque están convencidos de que para admirar a Juárez, se requiere "una buena dosis de jacobinismo"; otros, estorban todo propósito de estudiar la Reforma creando una confusión alrededor de la personalidad de Juárez, su gran corifeo, pues lo exhiben como un católico ortodoxo y, además, "como hombre tolerante con el Clero y, en el fondo de su corazón, religioso hasta la exaltación mística".

La primera causa de la abstención, dice Cosío Villegas, trae "la consecuencia inevitable de imponer un freno al libre discurrir de las gentes y de presentar una interpretación del liberalismo dictada por conveniencias transitorias y quizás imaginarias". La segunda causa de la abstención, equivale, políticamente hablando, a una autorización para borrar a Juárez de la brevísima lista de héroes nacionales. En cuanto a la tercera, equivale a decir "que no hay que usar a Juárez para combatir a la Iglesia católica, primero porque ésta es intocable y, segundo, porque quien la toca, pierde, como ha perdido el gran Juárez".

A estas tres causas, por las cuales, según Cosío Villegas, no se estudia hoy la Reforma, debió haber agregado una más, es decir, la razón que tuvo él mismo para excluir el estudio de la Reforma y, consecuentemente, el de la Intervención y el Imperio, en su *Historia moderna de México*. Yo me permití señalar la omisión, desde la aparición del primer tomo. Es más: criticé el artificio de que echó mano Cosío para delimitar la etapa moderna de nuestra vida histórica, artificio que no propendía a otra cosa que a huir de la responsabilidad de estudiar la Reforma y, sobre todo, la Intervención y el Imperio. Es verdad que en los subsiguientes volúmenes (II y III), los autores han hecho esfuerzos por retrotraer el estudio hacia la época de la Reforma, pero por desgracia no han conseguido llegar al fondo, como que el plan primitivo de la obra excluía rigurosamente el estudio de los antecedentes de la llamada "República Restaurada" . . . (1867-76).

Mientras Cosío Villegas se sirve comunicarnos (lo que tenemos, sin duda, derecho de exigir de él, sus lectores) las causas que lo obligaron a abstenerse de estudiar la Reforma en su *Historia moderna de México*, abstención que convierte a su obra, en ocasiones frecuentísimas, en un relato de sucesos inconexos, hijos de la casualidad o el capricho: mientras eso sucede, repito, soy el primero en aceptar que debemos hacer un esfuerzo por explicar la relativa indiferencia con que los historiadores ven pasar el centenario de los grandes sucesos políticos, económicos y sociales que conocemos con el nombre de la Reforma.

¿Pero ha habido, de veras, indiferencia por el estudio de la Reforma? Claro que no se han publicado los volúmenes que fueran de desearse (como sucedió en 1910, con motivo del centenario de la iniciación de la Guerra de Independencia), pero indudablemente que el centenario de este suceso (1856-57), ha sido mucho más fecundo que el del movimiento iniciador (1833-34). En este caso, que yo recuerde, aparte de un buen discurso del secretario de Educación, licenciado Narciso Bassols, sólo hubo dos excelentes estudios, uno de Arnáiz y Freg, y otro de Mauricio Magdalerío, y ambos sobre el doctor José María Luis Mora. Hoy, por el contrario, constituyen verdadera legión las personas que se han interesado en el estudio de la Reforma.

Dirá el señor Cosío Villegas que tales producciones carecen de valor. Esto sólo se puede decir de algunas, de aquéllas cuyos autores apenas han dado sus primeros pasos por la selva de la Historia. Agregaré, por otra parte, el señor Cosío Villegas, que tales producciones son las más numerosas, y yo le replico que quizás sea esto cierto, pero que de lo que no

puede haber duda es que el responsable de ello es precisamente él mismo. En efecto, apenas Cosío Villegas se arrojó al mar de la historiografía, perfectamente dotado en lo económico y con gran número de auxiliares, casi cada semana aparece un nuevo historiador, sin más elementos y sin más patrimonio que un fajo de periódicos bajo el brazo y con una máquina de escribir para transcribirlos y entregar así al público, una nueva "interpretación" de la Reforma.

Estos nuevos historiadores han dado en la flor de considerar que el mejor medio para conocer la verdad e interpretarla correctamente, es el de arrojar al cesto a los que los han precedido, y que cada uno se atenga exclusivamente a su propia minerva y a las "fuentes", entendiendo por tales fuentes, unos cuantos periódicos. Y así sale ello. La estupenda arrogancia de estos historiadores los aleja de los Bulnes, de los Molina Enriquez, de los Vigil, de los Sierra, para no mencionar sino a los más destacados y respetables, y de esta suerte, brotan como hongos las "interpretaciones" de la Reforma, haciéndola aparecer, algunas veces, como un movimiento que persigue (según Zea) los mismos fines que la Revolución Mexicana, cuando ésta es la negación plena y categórica de aquélla?

★ ★ ★

Por lo demás, ¿por qué ventanas nos asomamos a ver el pasado? A eso equivale la pregunta acerca de por qué nos interesa o no un hecho o una cadena de hechos históricos.

La perspectiva que ofrecen los sucesos del pasado, es como una elipse. A veces el pasado nos sacude, con extraordinaria violencia; a veces nos deja fríos. Si colocamos el interés nacional en uno de los focos de la elipse, podemos imaginarnos la ubicación de los sucesos históricos, unos más cercanos a nuestro interés que otros. Es más: parece que las generaciones, son las que determinan en qué lugar de la elipse deben colocarse los sucesos históricos. Lo admirable de nuestra conciencia histórica, es que hasta los sectores iletrados aciertan a percibir los vislumbres de los hechos más alejados del interés nacional del momento. Es más, suele suceder que hechos cronológicamente más remotos, se ubiquen en un punto más cercano del foco de la elipse. Quiero decir, que estamos más cerca del ejemplo heroico de Cuauhtémoc, que del instante de la expulsión de los jesuitas; que arrastra más nuestro interés el iniciador de las luchas libertarias (Hidalgo) que el genio disputador e intransigente de Mora o de Lerdo. En cuanto a Morelos, coetáneo del mismo Hidalgo, casi lo tocamos con las manos.

Hay un ángulo más en la perspectiva con que se nos presentan los hechos y los hombres del pasado. Nuestro interés tiene una maravillosa habilidad para destacar la faceta que mejor refleje lo que estimamos hoy como excelente, es decir, los valores que ahora calificamos como vigentes y hundimos en la penumbra o en la oscuridad a lo caduco. ¿Por qué nos hemos de esmerar en destacar la personalidad de Hidalgo como responsable de los asesinatos de Valladolid? Si de algo ha de servir la Historia, será como ejemplo. Alaman, como asesino de Guerrero, es un espectro en que sólo puede recrearse la morbosidad de un aprendiz de historiador. Un pequeño cambio en la perspectiva, nos hará ver que Alaman fué mucho más que el perpetrador de un asesinato político; fué una de las mentes más claras del siglo XIX, cuyo genio concibió con anticipación las empresas a cuyo impulso camina hoy nuestro país, como nación que se empeña en alcanzar la modernidad.

Pero es más: ¿No le gusta a usted Cortés como conquistador? Pues no lo vea como tal, excluya esa faceta y vea la otra que tiene: la de un civilizador. ¿No le gusta a usted un Guerrero elevado al poder de una revolución popular, desatada por el demagogo Lorenzo de Zavala? Muy bien. Véalo usted como uno de los creadores de la independencia. Zavala es feo como traidor, claro que sí; pero es un gigante como historiador. Otro tanto se puede decir de don Justo Sierra (el viejo). ¿Paradójico? Seguramente que es paradójico, pero no por eso deja de ser verdadero.

Apenas me asomé, hace muchos años, al abismo de la Historia, pude percatarme de algo que después la realidad y la experiencia de la vida me ha confirmado. Los hombres, sólo son hombres, aun los más extraordinarios: son capaces de subir muy alto, como ángeles, y también suelen hundirse vertiginosamente en los abismos del error y de la maldad, como demonios. Sin embargo, no son ángeles, ni demonios: son sólo hombres y, nuestra actitud, como historiadores, frente a

quienes han determinado en alguna forma la vida de la nación, deberá propender a descubrir y destacar aquellos aspectos que mejor se acomodan a la concepción que tenemos de los valores.

Otro tanto sucede con los fenómenos históricos. De la complejísima vida social del pasado, hay episodios y aspectos cuyo estudio es útil, y aspectos y episodios cuyo estudio sólo puede ser objeto de seca erudición. Y el acierto del historiador se mide, por la sagacidad que tenga para descubrir los aspectos y episodios aun vivos (por operantes), de los hombres y de los hechos históricos.

La Reforma, como reforma solamente, es un hecho finiquitado, como la mayor parte de las empresas del liberalismo. La Reforma destruyó la base territorial de la comunidad; anuló el derecho del Estado sobre la propiedad del subsuelo; desconoció el derecho de agremiación de los trabajadores. La Reforma dejó al débil a merced del fuerte y prohibió al Estado una intervención en esa lucha inicua, por lo desigual. La Reforma negó que el Estado tuviese derecho ni capacidad para dirigir la economía y otro tanto hizo con las corporaciones. La Reforma negó que el Estado tuviese derecho para evitar el lucro inmoderado. Todo esto preconizó la Reforma, hija espiritual del liberalismo. Y contra todo ello luchó la Revolución Mexicana.

Para nosotros, lo seductor de la Reforma no está en lo que preconizó para ser destruido después, por la Revolución Mexicana. Lo seductor de la Reforma está en haber sido el coronamiento de una larga lucha, iniciada por los mejores hombres de México, a partir de la Independencia, en favor del derecho del individuo para pensar, creer y expresarse como le pluguiese.

Eliminemos esa empresa libertadora, consumada por los hombres de la Reforma y, de ellos, como reformistas, poco queda. Todos los países de América, en una o en otra forma, pasaron por el desgarramiento que significó arrebatarse a una clase social (el Clero), el monopolio de la riqueza territorial y su predominio político, para entregarlo a otro grupo (el de los señores feudales terratenientes). Sin embargo, no hay historiador latinoamericano que llegue al paroxismo cuando habla de esas cosas. La exaltación que sobrecoge al mexicano, repito, la engendra la contingencia de la lucha liberadora que siguió después. Y eso es natural: la estatura de los reformadores se agigantó primero con la simple amenaza del advenimiento del príncipe extranjero que para gobernar a México reclamaban los conservadores, quienes con ello, sólo consiguieron agrandar el ya amplio frente nacional en que se apoyaba Juárez; creció también con la lucha heroica sostenida contra el Ejército francés, el más aguerrido del mundo, y por último con la tenacidad con que se peleó en contra de Maximiliano hasta aniquilarlo. Esa es, por excelencia, por indiscutible, la obra maestra de los liberales, y cuando dirigimos a ellos nuestro recuerdo nos complace, sobre todo, verlos luchar en Puebla (en 1862, con Zaragoza, o en 1863 con González Ortega, o en 1867, con Díaz); nos complace también imaginarlos en su retiro del Paseo del Norte (Juárez, Lerdo, Iglesias, etcétera), dirigiendo desde allí la campaña de la liberación de un territorio gigantesco; y los Riva Palacio y los Romero, los destaca nuestra imaginación como guerrilleros de los bosques y montañas michoacanos; y al pensar en la austeridad de Escobedo, surge en nuestro recuerdo la gesta de Querétaro. En todas esas ocasiones y lugares, el hombre de la Reforma tuvo una estatura pocas veces alcanzada por los mejores hombres de otras generaciones de nuestra Historia.

Se podrá aceptar o rechazar la argumentación que antecede, para explicarnos que el primer centenario de la obra de un libertador como Hidalgo haya provocado estudios más numerosos y profundos que los que hasta hoy ha suscitado la Reforma, como reforma exclusivamente. Podrá o no suceder que en el momento del centenario de la lucha por la liberación (1962-1967) se encienda el entusiasmo nacional en forma más o menos erudita y fecunda, como ejemplo para las generaciones coetáneas. Lo que sí es verdad, es que quienes se maravillan de la indiferencia con que se celebra este centenario, han calificado la tesis filosófica y social de la Reforma, es decir, el liberalismo, como algo sepultado en las ruinas de un México muerto definitivamente, bajo los escombros de una estructura derribada por la Revolución. Dice, en efecto, Cosío Villegas: "... la Revolución Mexicana ... fué el primer gran asalto al bastión del liberalismo"